

sueles ; confiere con humildad y rectitud todas las sugerencias y tentaciones que acerca de esto sintieres, con tu maestro, si pudieres, ó á lo menos con alguna alma fiel y prudente, y no dudes, sino que Dios te librar  de todas pasiones como t  continúes fielmente en estos ejercicios.

Dir sme sin duda :   Pues cómo ?   No será una grande ingratitud el romper una amistad con tanta vehemencia ?   Oh, qué dichosa es la ingratitud que nos hace agradables   Dios ! No, Filotea, no será ingratitud ; antes será un gran beneficio que harás al amante, porque rompiendo t  tus ataduras, romper s también las suyas, pues éstas os eran comunes ; y aunque por entonces no perciba su buena dicha, él la conocer  poco después sin duda, y cantar  contigo por acción de gracias.   Oh, Señor ! Tú has roto mis ataduras : yo sacrificar  la hostia de alabanza   invocar  tu santo nombre (1).

## CAPÍTULO XXII

ALGUNOS OTROS AVISOS SOBRE ESTE SUJETO DE AMISTAD.

Aun tengo un advertimiento de importancia cerca de este sujeto : la amistad requiere una gran comunicación entre los amantes, y sin ésta ni podría nacer ni subsistir. Por esto sucede muchas veces que con la comunicación de la amistad nos deslizamos   otras muchas comunicaciones, indignas   veces de una verda-

(1) Salmos, cxv, 7.

dera amistad. Sucede esto principalmente cuando estimamos en extremo   aquel   quien amamos ; porque entonces abrimos de tal suerte el corazón   su amistad, que con ella se nos entran por entero y con facilidad sus inclinaciones   impresiones, ya sean malas   buenas. Vemos que las abejas que hacen la miel de Heraclia no buscan sino la miel ; pero con ella chupan insensiblemente las calidades venenosas del ac nito, sobre el cual hacen su cosecha.   Oh, Dios, Filotea ! menester es practicar bien en este sujeto la palabra que el Salvador de nuestras almas sol a decir, y conforme nuestros pasados nos han enseñado : *Sed buenos cambios y monederos* (1) ; quiere decir : *No recibáis la falsa moneda con la buena, ni el oro bajo con el fino : apartad lo bueno de lo malo* (2). S , porque no hay casi ninguno que no tenga alguna imperfección.   Qué razón hay, pues, para recibir las faltas   imperfecciones del amigo con su amistad ? Justo es por cierto amarle, no obstante su imperfección ; mas no por eso se ha de amar ni recibir su imperfección : porque la amistad requiere la comunicación del bien, pero no del mal. Así como los que, codiciosos, buscan entre las ricas corrientes del Tajo sus doradas arenas, que separando el oro de ellas para llev rsele, dejan lo arenisco y cenagoso   las orillas, así los que gozan de la comunicación de alguna buena amistad deben separar la arena de las imperfecciones, sin dejarla entrar en sus almas. San Gregorio Nacianceno dice (3) que amando y ad-

(1) No se encuentran estas palabras en las Santas Escrituras ; pero las citan Orígenes, S. Ambrosio, S. Jerónimo y otros padres.

(2) Jeremías, xv, 19.

(3) Orat. xliii.   77.

mirando las virtudes de san Basilio, muchos le procuraban imitar hasta en sus imperfecciones exteriores, en su hablar lentamente y con un espíritu abstracto y pensativo, en la forma de su barba y en ciertas retiradas que hacía cuando andaba. Y aun vemos hombres, mujeres, niños y amigos que, haciendo grande estima de sus amigos, padres, maridos y mujeres, se les pegan mil malas, aunque pequeñas impropiedades, en el comercio de la amistad que practican. Esto, pues, no se debe de ninguna manera hacer, porque no hay á quien no le basten sus malas inclinaciones sin cargarse de las de los otros; y no sólo no quiere esto la buena amistad, sino antes obliga á ayudarnos uno á otro, para que así recíprocamente nos podamos librar y dejemos toda suerte de imperfección. Menester es, sin duda, el sobrellevar al amigo mansamente en sus imperfecciones; pero no el llevarle á ellas y mucho menos el traerlas á nosotros.

Hablo sólo de las imperfecciones; porque cuanto á los pecados, ni se han de llevar ni sobrellevar en el amigo. Amistad es, ó débil ó mala, el ver perecer al amigo y no socorrerle; verle morir de una postema y no osar llegarle la navaja de la corrección para salvarle. La verdadera y viva amistad no puede durar entre los pecados. Dicen que la salamandra mata el fuego sobre que se echa (1); y el pecado arruina la amistad donde se aloja. Si es un pecado pasajero, la amistad le pondrá en huída por la corrección; pero si permanece y se domestica, al mismo punto la amistad perece porque ésta no puede durar y subsistir sino sobre la verdadera

(1) Plin., *Hist. Nat.*, lib. X, c. LXVII (al LXXXVI).

virtud. ¡Cuánto menos, pues, se debe pecar donde hay amistad! El amigo es enemigo cuando nos quiere conducir al pecado, y merece perder la amistad cuando quiere perder y condenar al amigo. Así, es una de las más seguras señales de falsa amistad el tenerla con persona viciosa, comunicando con ella cualquier suerte de pecado que sea. Si aquel á quien amamos es vicioso, sin duda que nuestra amistad es viciosa; que pues ésta no puede mirar la verdadera virtud, es fuerza que considere alguna virtud loca y alguna calidad sensual.

La compañía que se hace entre los mercaderes por el provecho temporal, no tiene sino la imagen de la verdadera amistad; porque ésta se hace, no por el amor de las personas, sino por el amor de la ganancia.

En fin, estas dos divinas palabras son dos grandes columnas para asegurar la vida cristiana. La una es del Sabio: *Quien teme á Dios, tendrá por consiguiente una buena amistad* (1). La otra es de Santiago: *La amistad de este mundo es enemiga de Dios* (2).

## CAPÍTULO XXIII

### DE LOS EJERCICIOS DE LA MORTIFICACIÓN EXTERIOR.

Los que tratan de las cosas rústicas, aseguran que si se escribe alguna palabra sobre una almendra entera, tornándola á meter otra vez en su cáscara, doblán-

(1) Eclesiástico, VI, 17.

(2) Cap. IV, 4.

dola y cerrándola con curiosidad y plantándola de esta suerte, en toda la fruta del árbol que saldrá después se hallará escrito y grabado lo mismo que antes se había escrito (1). Cuanto á mí, Filotea, nunca he podido aprobar el método de los que para reformar al hombre comienzan por lo exterior, por las demostraciones, por los vestidos y por los cabellos. Paréceme lo contrario y que se debe comenzar por lo interior. *Convertíos á mí* (dice el Señor) *de todo vuestro corazón. Hijo mío, dame tu corazón* (2). Porque siendo el corazón el manantial y origen de las acciones, ellas son tales cual él es. El Esposo divino, convidando al alma, *Ponme, dice, como un sello sobre tu corazón: como un sello sobre tu brazo* (3). Sí, Filotea, porque quien tiene á Jesucristo en su corazón, bien presto le tendrá en todas sus acciones exteriores. Por esto, pues, he querido ante todas cosas grabar y escribir sobre tu corazón ¡*Viva Jesús!* seguro de que después de esto tu vida, la cual procede de tu corazón, como un almendro de su pepita, producirá todas sus acciones, que son frutos, escritas y grabadas del mismo nombre de salud; y que como este dulce nombre de Jesús vivirá dentro de tu corazón, vivirá también en todas tus obras y se mostrará en tus ojos, en tu boca, en tus manos y aun hasta en tus cabellos, y podrás santamente decir á imitación de san Pablo: *Yo vivo, pero no más yo; antes Jesucristo vive en mí* (4). En fin, quien ha ganado el corazón del hombre, ha ganado todo el hombre:

(1) Palladius, De Re rustica, l. II, tit. xy.

(2) Joel, II, 12; Proverbios, xxiii, 26.

(3) Cantares, viii, 6.

(4) S. Pablo á los Gálatas, II, 20.

pero este mismo corazón, por el cual queremos comenzar, pide que le instruyan y enseñen cómo ha de portarse en sus costumbres y acciones exteriores.

Si puedes llevar el ayuno, harás bien de ayunar algunas veces, sin que la Iglesia nos lo mande; porque fuera del efecto ordinario del ayuno, como levantar el espíritu, reprimir la carne, practicar la virtud y adquirir mayor recompensa en el cielo, es un gran bien el ver que por su medio se destruye la misma gula y se tiene el apetito sensual y el cuerpo sujeto á la ley del espíritu. Y cuando no se ayune mucho, el enemigo con todo eso nos teme más cuando sabe que sabemos ayunar. Los miércoles, viernes y sábados son los días en que los antiguos cristianos se ejercitaban más en la abstinencia. Escoge, pues, de estos días los que tu devoción y la discreción de tu confesor te aconsejaren.

De buena gana diría yo como san Jerónimo decía á la virtuosa Leta: *Los largos é inmoderados ayunos me desagradan mucho, principalmente en los que están en muy tierna edad* (1).

He aprendido por experiencia, que el pequeño jumentillo, hallándose cansado en el camino, procura despedir de sí la pesada carga; esto es, que la gente moza, cayendo en las enfermedades por el exceso de los ayunos, se dan fácilmente á la delicadeza y regalo. Los ciervos corren mal en dos tiempos: cuando están muy cargados de gordura, y cuando muy flacos. Así, nosotros estamos muy expuestos á las tentaciones cuando nuestro cuerpo está muy repleto ó muy flaco; porque lo uno le hace insolente en su placer, y lo otro

(1) Ep. cvii, § 10.

desesperado en su pesar. Y como no le podemos llevar cuando está muy gordo, así no nos puede llevar cuando está muy flaco. La falta de esta moderación en los ayunos, disciplinas, cilicios y asperezas, hacen inútiles al servicio de la caridad los más floridos años de muchos, como hizo también á san Bernardo, que se arrepintió de haber usado de demasiada austeridad (1); y cuanto ésta al principio le maltrató, le lisonjeó á la fin. ¿No hubiera sido mejor hacerle un tratamiento igual y proporcionado á los oficios y trabajos á que su condición le obligaba?

El ayuno y trabajo amortiguan y abaten la carne; si el trabajo que hicieres fuere necesario ó muy provechoso al servicio de Dios, más quiero que sufras la pena del trabajo que la del ayuno. Así lo siente la Iglesia, la cual, por los trabajos útiles al servicio de Dios y del prójimo, descarga á los que los ejercen de los ayunos, aunque sean de precepto. Uno tiene trabajo en ayunar, otro en servir los enfermos, visitar los presos, confesar, predicar, consolar los afligidos, rezar y otros semejantes ejercicios. Esta pena vale más que estotra, porque fuera de que causa igualmente mérito, tiene en sí frutos y provechos mucho más dignos de desear. Y hablando generalmente, mejor es conservar más fuerzas de las que hemos menester, que arruinar las que hemos menester; porque bien se pueden abatir cuando se quiere, mas no se pueden reparar siempre que se quiere.

Paréceme que debemos tener en grande reverencia la palabra que nuestro Señor dice á sus discípulos: *Comed lo que fuere puesto delante de vosotros* (2). Mejor

(1) Ubi supra, (c. viii) c. ii, pars. III.

(2) S. Lucas, x, 8.

virtud es, según yo entiendo, el comer sin elección lo que presentan, y en la misma orden que te lo presentan, sea ó no á tu gusto, que el escoger siempre lo peor; porque aunque esta última manera de vivir parece más áspera, la otra tiene más de resignación, porque por ella, no sólo se renuncia su gusto, pero también su elección; y también no es poca aspereza el hacer el gusto de cualquier otro y tenerle sujeto á cualquier semejante ocasión ó encuentro. Fuera de que esta suerte de mortificación no se echa de ver ni desacomoda la persona y es únicamente propia para la vida civil. Retirar una vianda para tomar otra, tocar y pellizcar todos los platos, no hallar nunca nada bien aderezado ni limpio, hacer misterios á cada bocado; todo esto es señal de un corazón delicado y atento á los platos y escudillas. En más estimo que san Bernardo bebiese aceite por agua ó vino; que si bebiera agua de ajenos con atención; porque esto era señal que no pensaba en lo que bebía. En este descuido, pues, en lo que se come ó bebe, consiste la perfección de la práctica de esta palabra sagrada. *Comed lo que fuere puesto delante de vosotros*. No dejo por esto de hacer excepción de las viandas contrarias á la salud ó que desacomodan el espíritu, como hacen á muchos las viandas calientes, especias humosas y ventosas, y ciertas ocasiones en las cuales la naturaleza tiene necesidad de alguna recreación y ayuda para poder continuar algún trabajo á la gloria de Dios. Una continua y moderada templanza es mejor que las abstinencias violentas hechas á diversos tiempos y entreveradas de grandes excesos.

La disciplina tiene una maravillosa virtud para

despertar la devoción, usándola con mederación. El cilicio amortigua en extremo el cuerpo; pero su uso no es de ordinario propio ni á la gente casada, ni á las delicadas complexiones, ni á los que tienen obligación de pasar por otras grandes penas ó trabajos. Verdad es que en los días más señalados de la penitencia se puede traer, y esto con el parecer del confesor.

Ha de tomar de la noche para dormir cada uno, según su complexión, tanto cuanto le es necesario para velar con utilidad el día. Porque la Escritura Santa en muchos lugares, el ejemplo de los santos y las razones naturales, nos encomiendan grandemente las mañanas como las mejores y más fructuosas horas de nuestros días; y que nuestro Señor mismo es llamado sol de oriente (1) y nuestra Señora alba del día (2), pienso que es un cuidado virtuoso tenerle en recogerse temprano luego que anochece, para poder despertar y levantarse de mañana. Es ciertamente este tiempo el más gracioso, el más dulce y el menos embarazado; en él, hasta los mismos pájaros nos provocan á que recordemos y demos gracias á nuestro Dios; de suerte que el levantarse de mañana sirve á la salud y á la santidad.

Balaan sobre su asna iba á buscar á Balac; mas por cuanto no tenía recta intención, el ángel le esperó en el camino con una espada en la mano para matarle. La asna, que veía al ángel, se paró por tres diversas veces; Balaan la apaleaba con crueldad, procurando hacerla pasar adelante, hasta que á la tercera vez, dejándose caer de largo á largo debajo de Balaan, le ha-

(1) Zacarías, III, 8; VI, 12.

(2) Cantares, VI, 9.

bló milagrosamente y dijo: *¿Qué te he hecho yo? ¿Por qué me has apaleado ya por tres veces?* (1) Poco después los ojos de Balaan fueron abiertos, y vió al ángel, que le dijo: *¿Por qué has apaleado tu asna? Si ella no se hubiera apartado de delante de mí, yo te hubiera muerto y la hubiera reservado.* Entonces Balaan dijo al ángel: *Señor, yo he pecado porque yo no sabía que tú te oponías contra mí en el camino.* Ves, Filotea, Balaan es la causa del mal, y tras eso maltrata y apalea la pobre asna, que no tiene culpa. Esto nos acaece muchas veces en nuestros negocios. Porque la otra mujer ve á su marido ó hijo enfermos, luego corre al ayuno, al cilicio ó á la disciplina, como hizo David por un semejante sujeto (2). ¡Oh, amiga mía! tú maltratas la pobre asna: tú afliges tu cuerpo, sin que tenga ninguna culpa de tu mal, ni de que Dios haya desenvainado su espada contra ti. Corrige tu corazón, que es idólatra de este marido, y que permitió mil vicios al hijo y le destinó al orgullo, á la vanidad y á la ambición. El otro hombre ve que cae muy á menudo y torpemente en el pecado de la lujuria, y que el remordimiento interior le acusa la conciencia, mostrándole una espada desnuda para herirle con santo miedo; y luego el corazón, volviendo en sí: ¡Ah, indómita carne! (dice al cuerpo desleal) tú me has hecho traición y vendido; y ejecuta luego grandes castigos sobre esta carne, grandes é inmoderados ayunos, pesadas disciplinas y cilicios insoportables. ¡Oh, pobre alma! si tu carne pudiera hablar como la asna de Balaan, ella te diría: *¿Por qué me maltratas, miserable? Contra ti, ¡oh*

(1) Núm., XXII, 21-34.

(2) Reyes, II-XII, 16.

alma mía! Dios arma su venganza: tú eres la delincuente. ¿Por qué me llevas tú á las conversaciones? ¿Por qué aplicas mis ojos, mis manos y mis labios á las lascivias? ¿Por qué me inquietas y alborotas con malas imaginaciones? Ten buenos pensamientos, y yo no tendré malos movimientos. Conversa con la gente honesta, y yo no seré combatida de mi concupiscencia. ¡Pobre de mí! ¿Eres tú quien me arroja en medio del fuego y no quieres que me quemé? ¿Tú me pones el vino (1) á los ojos, y no quieres que se inflamen? Dios, sin duda, os dice en tales casos: Maltratad, romped, herid y despedazad vuestros corazones (2), principalmente porque contra ellos se ha mi enojo armado. Para sanar la comezón no es tan necesario el lavarse y bañarse como el purificar la sangre y refrescar el hígado; así, para curarnos de nuestros vicios bueno es el mortificar la carne; pero sobre todo es necesario el purificar nuestras aficiones y refrescar nuestros corazones. En fin, en todo y por todo no se deben emprender las asperezas corporales sino con el parecer de nuestro maestro espiritual.

## CAPÍTULO XXIV

### DE LAS CONVERSACIONES Y DE LA SOLEDAD.

El buscar las conversaciones y el huirlas son dos extremos dignos de vituperar en la devoción civil, que es aquella de que te hablo. El huirlas tiénese á desdén

(1) El humo, dice el original.

(2) Joel, II, 13.

y menosprecio del prójimo, y el buscarlas huele á ociosidad inútil. Hase de amar al prójimo como á sí mismo (1). Para mostrar que le amamos no se ha de huir el estar con él; y para verificar que nos amamos á nosotros mismos, nos hemos de agradar cuando estamos con nosotros mismos. Estamos, pues, con nosotros mismos cuando estamos solos. *Piensa en ti mismo* (dice san Bernardo) *y después en los otros* (2). Si ninguna cosa te obliga ir á la conversación ó recibirla, quédate contigo misma y entretente con tu corazón; mas si la conversación se te ofrece ó algún justo motivo te convida á ella, ve con Dios, Filotea, y mira á tu prójimo con buen corazón y buen ojo.

Llámanse malas conversaciones las que se hacen por alguna mala intención, ó cuando los que intervienen en ella son viciosos, indiscretos y disolutos; y cuanto á éstas, se les debe huir el cuerpo como las abejas huyen de los zánganos y moscones; porque como los que han sido mordidos de perros rabiosos tienen el sudor, el aliento y la saliva peligrosos, y principalmente para los niños y gente de delicada complexión, así estos viciosos y desordenados no pueden ser frecuentados sino con grande peligro, principalmente de los que son de devoción aun tierna y delicada.

Hay conversaciones inútiles á toda otra cosa sino á la sola recreación, las cuales se hacen por un simple divertimento después de las ocupaciones importantes; y cuanto á éstas, como no debe totalmente darse á ellas, se les puede dar también lugar en el destinado á la recreación.

(1) S. Mateo, XXII, 39.

(2) De Consid., lib. I, c. III.

BIBLIOTECA PARTICULAR  
DE LA

*Srita. Felicitas Lozaya*

PROFESORA DE CANTO.

Las otras conversaciones tienen por su fin la honestidad, como son las visitas recíprocas y ciertas juntas que se hacen para honrar al prójimo. Y cuanto á éstas, como no se debe ser supersticioso en el practicarlas, también no se ha de ser del todo descortés en el menospreciarlas, sino satisfacer con modestia á la obligación que se tiene, á fin de evitar igualmente la rusticidad y la liviandad.

Restan las conversaciones útiles, como son aquellas de las personas devotas y virtuosas. ¡ Oh, Filotea ! éstas y su encuentro te causarán siempre un notable bien. La viña plantada entre los olivos trae la uva jugosa y tiene un gusto que tira á la aceituna. Un alma que se halla á menudo entre la gente virtuosa, no puede dejar de participar de sus calidades. Los zánganos solos no pueden hacer miel; pero con las abejas se ayudan á hacerla. Es una gran ventaja para ejercitarnos bien en la devoción el conversar con las almas devotas.

En todas conversaciones la sinceridad, simplicidad, mansedumbre y modestia, son siempre preferidas. Hay algunas personas que no hacen ninguna suerte de de acción ni movimiento sino con tanto artificio y afectación, que no hay á quien no enfaden. Y como aquel que no querría nunca pasearse sino contando sus pasos, ni hablar sino cantando, sería cansado á todos los demás hombres, así los que tienen un ademán artificioso y que no hacen nada sin afectación importunan y cansan en extremo la conversación, y en esta suerte de gente hay siempre alguna especie de presunción. Bueno es que de ordinario mostremos en nuestras conversaciones una alegría moderada. San

Romualdo y san Antonio son en extremo alabados de que, no obstante todas sus asperezas, tenían siempre la cara y las palabras llenas de alegría, regocijo y afabilidad. *Retd con los que rien y alegráos con los alegres* (1). Dígote aún otra vez con el Apóstol: *Está siempre alegre, pero en nuestro Señor, y que tu modestia parezca á todos los hombres* (2).

Para alegrarte en nuestro Señor es menester que el sujeto de tu alegría sea, no sólo lícito, pero honesto: Digo esto porque hay cosas lícitas que no por eso son honestas; y para que tu modestia se conozca, guardaráste de insolencias, las cuales sin duda son siempre reprehensibles. Hacer caer al uno, tizar al otro, picar al tercero, hacer mal á un loco, las tales son risas y alegrías locas é insolentes.

Fuera de la soledad mental, á la cual te puedes retirar en medio de las conversaciones, según se ha dicho atrás (3), debes amar la soledad local y real; no se entiende para ir á los desiertos con santa María Egipciaca, san Pablo, san Antonio, Arsenio y los otros padres solitarios, sino para estar algún rato en tu aposento ó en tu jardín ó donde más á tu gusto puedas retirar tu espíritu á tu corazón y recrear tu alma con buenas meditaciones y santos pensamientos, ó con alguna buena lectura, á ejemplo de aquel gran obispo Nacianceno, que hablando de sí mismo dice: « Yo me » paseaba, yo mismo conmigo mismo, sobre el sol del » oriente, y pasaba el tiempo sobre la costa del mar; » porque yo he acostumbrado usar de esta recreación

(1) S. Pablo á los Romanos, XII, 15.

(2) San Pablo á los Filipenses, IV, 4, 5.

(3) Parte II, c. XII.

» para reahacerme y sacudirme un poco de las pesadas dumbres ordinarias.» Y luego discurre del buen pensamiento que de aquí le nació, como he referido (1); y á ejemplo también de san Ambrosio, del cual, hablando san Agustín, dice (2) que muchas veces, habiendo entrado en su aposento (por cuanto no rehusaba la entrada á ninguno) le miraba leer; y después de haber esperado algún tiempo, temiendo desacomodarle, se tornaba sin hablar palabra, pareciéndole que aquel poco tiempo que sobraba á aquel gran pastor para rehacer y recrear su espíritu después de la tarea de tantos negocios, no se le debía quitar. También después de haber un día los apóstoles contado á nuestro Señor como habían predicado y trabajado mucho, *venid, les dijo, á la soledad, y reposad un poco* (3).

## CAPÍTULO XXV

### DE LA DECENCIA DE LOS VESTIDOS.

San Pablo quiere que las mujeres devotas (lo mismo se ha de entender de los hombres) se vistan con decencia, adornándose con vergüenza y templanza (4). La decencia, pues, de los vestidos y otros adornos, depende de la materia, de la forma y de la limpieza. Cuanto á la limpieza, debe casi siempre ser igual en nuestros

(1) Parte II, c. XIII.

(2) Confess., lib. VI, c. III.

(3) S. Marcos, VI, 31.

(4) S. Pablo á Timoteo, I, II, 9, 10.

vestidos, sobre los cuales, cuanto nos sea posible, nos hemos de guardar de que haya ninguna mancha ó suciedad. La limpieza exterior representa en alguna manera la interior honestidad. Dios mismo encarga la honestidad corporal en los que andan cerca de sus altares, y que tienen el principal cargo de la devoción (1). Cuanto á la materia y la forma de los vestidos, la decencia se considera por muchas circunstancias: del tiempo, de la edad, de las calidades, de las compañías y de las ocasiones. Parece de ordinario mucho mejor el adorno en los días de fiesta, según la grandeza del día que se celebra. En tiempo de penitencia, como en cuaresma, no hay quien dude la honestidad y simpleza que se debe observar en el traje. En las bodas se traen los vestidos nupciales y los de luto en las juntas fúnebres. Los que andan cerca de los príncipes estiran las fuerzas, y con ellas las demás acciones, las cuales deben moderar entre sus domésticos. La mujer casada se puede y debe adornar según el gusto de su marido y cuando él lo desea; y si en su ausencia hace lo mismo, preguntará sin duda que á qué ojos quiere agradar ó favorecer con adorno tan particular. A las doncellas se les permiten más dijes y galas, por cuanto pueden lícitamente desear agradar á muchos, aunque esto no sea sino con fin de ganar á sólo uno para un santo matrimonio. No se tiene ya por malo que las viudas (2) se adornen en alguna manera, con tal que no den nota de liviandad y locura; que como han sido ya madres de familia y pasado por el sentimiento de la viudez, tienen el espíritu puro, maduro y templado. Pero cuan-

(1) Isaías, LII, II.

(2) *que pueden easarse*, dice el original.

to á las verdaderas viudas, que lo son, no sólo del cuerpo, sino del corazón, ningún adorno les es conveniente, sino la humildad, la modestia y la devoción; porque si es que quieren enamorar á los hombres, ya no son verdaderas viudas; y si no es ésta su pretensión, ¿para qué traen los instrumentos de ellas? Quien no quiere recibir huéspedes, menester es que quite la insignia de su casa. No hay quien no se ría de la gente vieja cuando quiere pulirse y estirarse demasiado, porque ésta es una locura sólo á los mozos sufrible.

Andarás aseada, Filotea, de suerte que no haya nada sobre ti que arrastre ni esté mal aliñado. Menosprecio es de aquellos con quien conversamos el ir con ellos en hábito desagradable; pero guárdate de los adornos impertinentes, vanidades, curiosidades y locuras. Mantendrás siempre, mientras te sea posible, en la simplicidad y modestia, que es sin duda el mayor adorno de la hermosura y la mejor excusa para la fealdad. San Pedro advierte, principalmente á las mujeres mozas, el no traer los cabellos crespos, rizos y enortijados (1). Los hombres que son tan apocados que se dan á estas acciones mujeriles, son estimados en todas partes como hermafroditas; y las mujeres vanas son tenidas por de poca castidad, ó por lo menos, si la tienen, no es visible entre tantas bujerías y bagatelas. Dicen ellas que no piensan mal; pero yo replico, como he hecho otras veces (2), que si ellas no, el diablo sí, y siempre. Cuanto á mí, yo querría que mi devoto y devota estuvieran siempre los mejor vestidos de la junta, pero los menos pomposos y afectados; y

(1) Ep. I, c. III, 3. Cf., I, Tim. II, 9.

(2) *Infra.*, c. XXVII, pars. III.

como se dice en los Proverbios, que se adornasen de gracia, decencia y dignidad (1). San Luis dice en una palabra que nos debemos vestir según nuestro estado, de suerte que los sabios y buenos no puedan decir: Tú haces demasiado; ni la gente moza: Tú haces muy poco; pero en caso que los mozos no se quieran contentar con la decencia, nos debemos arrimar al parecer de los sabios.

## CAPÍTULO XXVI

DEL HABLAR, Y PRIMERAMENTE CÓMO HEMOS  
DE HABLAR DE DIOS.

Los médicos toman gran conocimiento de la salud ó enfermedad de un hombre por la inspección de su lengua. Así nuestras palabras son verdaderos indicios de las cualidades de nuestras almas. *Por tus palabras, dice el Salvador, tú serás justificado; y por tus palabras, tú serás condenado* (2). Vese que aplicamos luego la mano al dolor que tenemos, y la lengua á aquello á que nos aficionamos.

Si fueres, pues, verdaderamente enamorada de Dios, Filotea, tú hablarás siempre de Dios en los discursos familiares que hicieres con tus domésticos, amigos y vecinos; sí, *porque la boca del justo meditará la sabiduría, y su lengua hablará el juicio* (3). Y como las

(1) Joinville, Hist. de S. Loys, I<sup>re</sup> partie.

(2) S. Mateo, XII, 37.

(3) Salmos, XXXVI, 30.

abejas no hacen otra cosa sino la miel con su pequeña boquilla, así tu lengua estará siempre ocupada en la dulzura de Dios, y no tendrá mayor suavidad que el sentir deslizarse por entre tus labios alabanzas y bendiciones de su santo nombre; como dicen de san Francisco, que pronunciando el santo nombre del Señor, chupaba y mamaba sus labios, como para sacar la mayor dulzura del mundo (1).

Hablarás, pues, siempre de Dios como de Dios; esto es, con reverencia y devoción, no haciéndote docta ni predicadora, sino con un espíritu de dulzura, caridad y humildad, destilando cuanto pudieres (como se ha dicho de la Esposa en el Cántico de los Cánticos) (2) la miel suave de la devoción y de las cosas divinas gota á gota, ya en las orejas del uno y ya en las del otro; rogando á Dios en lo secreto de tu alma sea servido de hacer pasar y penetrar este santo rocío hasta lo íntimo del corazón de los que te oyen.

Sobre todo se ha de hacer este oficio angélico blanda y suavemente, no por manera de corrección, sino por manera de inspiración; porque es de maravillar, cuanto á la suavidad y amigable proposición de alguna buena cosa, cuán poderoso cebo es para atraer los corazones.

No hables, pues, nunca de las cosas de Dios por manera de entretenimiento, sino siempre con atención y devoción. Digo esto por librarte de una notable vanidad que se halla en muchos que hacen profesión de devoción; los cuales, á cualquier propósito dicen palabras santas y fervorosas por cierta manera de mesu-

(1) S. Bonavent., Vita S. Franc., c. x.

(2) Cap. iv, 2.

rada costumbre, sin que por eso sientan lo que dicen; y después les parece son tales cuales sus palabras muestran, lo cual es á veces muy al contrario.

## CAPÍTULO XXVII

DE LA HONESTIDAD DE LAS PALABRAS Y DEL RESPETO  
QUE SE DEBE A LAS PERSONAS.

Si alguno no peca de palabra (dice Santiago), el tal es hombre perfecto (1). Procura cuidadosa no se te escape ninguna palabra deshonesta; porque aunque tú no la digas con mala intención, los que la oyen pueden darla otro sentido. La palabra deshonesta, cayendo en un corazón flaco, se extiende y dilata como una gota de aceite sobre el paño, y á veces se apodera de suerte del corazón, que le hinche de mil pensamientos y tentaciones resbaladizas; porque como el veneno del cuerpo entra por la boca, también el del corazón entra por la oreja, y la lengua que le produce es matadora; porque aunque el veneno que haya arrojado no haga su efecto, por haber hallado los corazones de los oyentes apercebidos de algún contraveneno, no por eso ha quedado por tu malicia el no haberlos muerto. Tampoco me diga nadie que no lo pensaba; porque nuestro Señor, que conoce los pensamientos, ha dicho que la boca habla de la abundancia del corazón (2). Y si

(1) Cap. iii, 2.

(2) S. Mateo, xii, 34.

nosotros no pensamos mal, el demonio sí, y se sirve siempre de estas malas palabras para penetrar el corazón de alguno. Dicen que los que han comido la yerba que llaman angélica, tienen siempre el aliento dulce y agradable; y los que tienen en el corazón la honestidad y la castidad, que es la virtud angélica, tienen siempre sus palabras limpias, comedidas y vergonzosas. Cuanto á las cosas indecentes y locas, el Apóstol no quiere ni aun solo que las nombren (1), asegurándonos que nada corrompe tanto las buenas costumbres como las malas conversaciones (2).

Si estas palabras se dicen disimulada y encubiertamente, con cierta arte y sutilezas, entonces son sin comparación más venenosas; porque como un dardo cuando es más agudo de punta, tanto más fácilmente entra en nuestros cuerpos, así un dicho, cuanto es más agudo, tanto más penetra nuestros corazones. Y los que piensan ser muy bizarros y discretos usando de tales dichos con los que conversan, no saben para qué se hicieron las conversaciones, porque éstas deben ser como enjambre de abejas, juntas para hacer la miel de algún dulce y virtuoso entretenimiento, y no como junta de moscones, amontonados sólo para lamer y chupar alguna hediondez. Si algún loco te dice palabras indecentes, muéstrale que tus orejas se hallan ofendidas, ó volviéndole luego el rostro ó de otra manera, según tu prudencia te enseñare.

Una de las peores condiciones que uno puede tener es el ser fisgón. Dios aborrece en extremo este vicio, y ha hecho por él en tiempos pasados extraños castigos.

(1) S. Pablo á los Efesios, v, 3.

(2) *Ibid.*, á los Corintios, I-xv, 33.

No hay cosa que sea tan contraria á la caridad, y mucho más á la devoción, como el menosprecio del prójimo. El escarnio, pues, y la burla no se hace jamás sin este menosprecio: causa porque es muy grande pecado; y así los doctores tienen razón de decir que el escarnio es la peor suerte de ofensa que se puede hacer al prójimo (1), por cuanto las otras ofensas se hacen con alguna estima del que es ofendido, y ésta se hace sólo con menosprecio.

Cuanto á los juegos de palabras que se hacen los unos con los otros con modestia, regocijo y alegría, éstos pertenecen á la virtud llamada de los griegos *Eutrapelia*, que nosotros podemos llamar *buena conversación*. Por éstos, pues, se goza de una honesta y amigable recreación en las ocasiones frívolas que las imperfecciones humanas nos traen. Hémonos de guardar de deslizarnos de esta honesta alegría á las burlas. Las burlas, pues, provocan á reir, y esto por el menosprecio del prójimo; pero el regocijo y alegría provocan á reir por una simple libertad, confianza y familiaridad, juntamente con la gentileza de alguna palabra bien dicha. San Luis, cuando los religiosos le querían hablar de cosas relevadas después del comer, *no es tiempo de llorar*, decía, *sino de alegrarse por medio de algún honesto entretenimiento: cada uno diga lo que quisiere, como sea con honestidad* (2); lo cual decía por favorecer la nobleza que tenía alrededor de sí, y no extrañarse con ella. Pero pasemos de manera el tiempo por la recreación, Filotea, que conservemos la santa eternidad por devoción.

(1) Vide S. Thom., II<sup>a</sup> II<sup>o</sup>, Qu. xxiii, art. iii, ad 1.

(2) Joinville, Hist. de S. Loys, I<sup>re</sup> partie.

## CAPÍTULO XXVIII

## DE LOS JUICIOS TEMERARIOS.

No juzgueis, y no seréis juzgados (dice el Salvador de nuestras almas); no condeneis, y no seréis condenados (1). No (dice el santo Apóstol) juzgueis antes de tiempo, hasta que el Señor venga, que revelará el secreto de las tinieblas y manifestará el consejo de los corazones (2). ¡Oh, y cuán desagradables son los juicios temerarios á Dios! Los juicios de los hombres son temerarios, porque no son jueces los unos de los otros; juzgando ellos, usurpan el oficio de nuestro Señor. Son temerarios por cuanto la principal malicia del pecado depende de la intención y consejo del corazón, que es para nosotros el secreto de las tinieblas.

Son temerarios porque cada uno tiene harto que hacer en juzgarse á sí mismo sin querer juzgar á su prójimo. Es cosa igualmente necesaria para no ser juzgados el no juzgar á los otros y juzgarse á sí mismo; porque como nuestro Señor nos enseña lo uno, el Apóstol nos ordena lo otro, diciendo: *Si nosotros nos juzgamos á nosotros mismos, nosotros no seremos juzgados* (3). Pero vemos por nuestros pecados cuán al contrario hacemos, pues lo que nos es defendido hacemos, juzgando en cualquier ocasión á nuestro prójimo; y lo que nos es mandado, que es el juzgarnos á nosotros mismos, no lo hacemos jamás; por lo cual, según las

(1) S. Lucas, vi, 37.

(2) S. Pablo á los Corintios, i, iv, 5.

(3) *Ibid.*, xi, 31.

causas de los juicios temerarios, se les debe aplicar el remedio. Hay corazones agrios, amargos y ásperos de su naturaleza, que vuelven asimismo agrio y amargo todo lo que reciben; y *convierten*, como dice el Apóstol (1), *el juicio en absintio, no juzgando jamás del prójimo sino con todo rigor y aspereza* (2). Estos tales tienen gran necesidad de caer entre las manos de un buen médico espiritual; porque siéndoles natural esta amargura de corazón, es dificultosa de vencer; y aunque en sí no sea pecado, sino una imperfección, es con todo eso peligrosa, por cuanto introduce y hace reinar en el alma el juicio temerario y la detracción. Algunos juzgan temerariamente, no por acedia de corazón, sino por soberbia, pareciéndoles que cuanto más abaten la honra ajena, tanto más elevan la propia; jueces arrogantes y locos que se maravillan de sí mismos y se levantan tan altos en su propia estimación, que miran todo lo demás como cosa pequeña y baja. *Yo no soy como los otros hombres*, decía el loco Fariseo (3). Algunos no tienen otro orgullo manifiesto, sino sólo un cierto y pequeño gusto en la consideración del mal ajeno, para saborear y hacer saborear más dulcemente el bien contrario, de que se juzgan dotados; y este agrado ó complacencia es tan secreto é imperceptible, que si no se tiene buena vista, no se podrá de ninguna manera descubrir; y en sí mismos, los que son tocados de él, no le conocen si no se le muestran. Otros, por lisonjearse y excusarse á sí mismos, y por templar los remordimientos de su conciencia, juzgan

(1) El profeta, dice el original.

(2) Amos., vi, 13.

(3) S. Lucas, xviii, 11.